

Los ensayos reunidos en este libro giran en torno a la pregunta ¿y si el lenguaje fuera también una fiesta? que responde a una inquietud ya bastante generalizada en los medios educativo y de la comunicación. Mucho se ha hablado sobre la relación entre comunicación y educación, pero realmente existen pocos trabajos que no sólo hablan sobre esta relación o la analizan, sino que, como lo hace Daniel Prieto, elaboran una propuesta educativa viable de ser aplicada. La propuesta va dirigida en dos sentidos: por un lado existe la preocupación por la educación de los niños latinoamericanos mediante los sistemas tradicionales a través del uso del libro de texto; y por otro lado está también la preocupación por la formación de los estudiantes de las escuelas de comunicación en las que en su mayoría existe una generalizada incapacidad de dejar fluir el lenguaje, de crear y recrear relatos, de narrar el propio entorno. Como dice Daniel Prieto, lo que conocemos de América Latina, lo más esencial, no proviene de la denuncia ideológica, sino de la larga tradición de cronistas, y luego, de la literatura. Y en estas escuelas no se están formando cronistas, sino denuncistas, que frente a un paisaje humano de riquísimos matices, ven sólo categorías.

Daniel Prieto hace una importante observación acerca de la educación de los niños; éstos, dice, se encuentran insertos en un doble cerco a su creatividad, a su desarrollo perceptual, a su imaginación: por un lado la escuela y por el otro los medios de difusión colectiva. La *escuela* confunde el lenguaje escrito, manifestado a través del libro de texto, con toda posibilidad de comunicación. De esta manera quedan fuera los recursos expresivos, la posibilidad de un goce perceptual, de una verdadera referencialidad. *Los medios* por su parte, juegan al máximo los recursos expresivos, pero llevan la referencialidad a su mínima expresión, al estereotipo, cuando no distorsionan directamente el tema. Estos dos aspectos quizá ya han sido analizados por algunos investigadores de la comunicación y quizá también por algunos maestros, pero la tendencia en los últimos años ha sido

la de denunciar los medios masivos y la escuela según el contenido de verdad o falsedad de lo que se dice. Aún así el problema de la comunicación no se reduce a los mensajes, sino que están en juego: el aprendizaje perceptual; la acumulación de experiencias en el seno de la familia y de la sociedad en general; los usos del lenguaje, no sólo la referencialidad, sino también la expresividad; lo que Daniel Prieto denomina *La fiesta del lenguaje*.

En torno a los aspectos antes mencionados, encontramos una pregunta que puede ser el eje integrador del texto: ¿si el lenguaje fuera una fiesta, entonces cómo recuperar para el niño la expresión viva, la capacidad de jugar al máximo los recursos de un determinado lenguaje? En respuesta a esta interrogante, Daniel Prieto propone: recuperar o retomar para la educación, el espacio ganado por los medios de difusión colectiva, partiendo de la hipótesis de que estos medios aprovechan el modo cotidiano de relación de la gente, sólo que lo hacen para atraer, sin introducir propuesta de cambio alguna en esas relaciones. Así, mientras la escuela trabaja con un lenguaje domesticado, con los libros de texto leídos a la fuerza por públicos cautivos, los medios, de manera muy inteligente, recuperan para sus fines todo el colorido y la alegría del lenguaje diario, y es precisamente aquí donde radica su éxito.

De acuerdo con Daniel Prieto, es importante hacer una evaluación de la formación que están recibiendo los alumnos en las escuelas de comunicación, ya que los estudiantes no sólo requieren de un instrumental que les permita una lectura crítica de los mensajes; esto, es sólo una parte del inmenso espacio del lenguaje, éste es también fiesta, pero no se enseña a los estudiantes a gozar con él; se les dan tantos elementos para la duda que terminan por enfrentar ese recurso de por vida, hasta el extremo de perder toda capacidad expresiva. Se están formando jóvenes viejos, miradas escudriñadoras en las que no brilla el entusiasmo.

¿Y si la lectura crítica hubiera dejado fuera lo esencial? Reconozcamos en ella la arrogancia: nada se le escapa, los imperios se desvanecen ante el más mínimo de sus gestos, las transnacionales pierden todo su brillo y muestran las sucias entrañas, lo oculto se hace inexorable superficie. ¿Y si en esa arrogancia hubiera quedado al margen lo esencial? ¿Y si lo que atrae a la gente no fuera la viscosidad de las ideologías sino la fiesta del lenguaje? ¿Y si, además, la fiesta fuera algo legítimo, válido, precioso en las relaciones humanas? ¿Y

si los medios basaran sus éxitos en una capacidad de recrear continuamente la fiesta del lenguaje? ¿Y si en lugar de buscar sólo manipuleos y alienaciones, nos detuviéramos por lo menos un instante en lo cotidiano, en el flujo diario de la palabra, en el doble sentido, la burla, la presencia constante del relato, la tensión narrativa que aparece en la más trivial de las conversaciones? ¿Y si fuera a la inversa de lo que pretendía la denuncia ideológica: la gente no imita a los medios sino éstos a la gente? ¿Y si el contenido no fuera tan determinante como venimos creyendo desde hace 2000 años? Estas son algunas de las interrogantes que le dan dirección al presente libro.

El libro está integrado por dos partes. La primera incluye aspectos generales que analizan la relación entre educación y comunicación, entre comunicación y cultura, abordando la cotidianidad latinoamericana. Es aquí donde surge la propuesta del uso de mensajes como una intención educativa, destinada a incrementar la capacidad de lectura, con un mayor bagaje de recursos culturales, mediante elementos audiovisuales. Considera necesaria la creación de una tradición de *video*, un conjunto de producciones, un universo de relatos que vaya colaborando al sostenimiento de la memoria popular; una labor cultural; en suma, labor de reconocimiento, de recuperación de la cultura vivida.

La segunda parte reúne los antecedentes del análisis de mensajes dentro de la enseñanza de la comunicación en América Latina, tales como la lingüística, la lectura crítica, el teoricismo, la retórica y la poética. Enseguida hace una evaluación de la situación actual, y finalmente ofrece una propuesta. Su propuesta la encontramos en tres niveles: en primer lugar, nos ofrece en "Elementos para el análisis de mensajes", una serie de conceptos que pueden resultar de utilidad a la hora de iniciar un desmontaje de diferentes discursos sociales, centrándose más en el texto que en el contexto, dedicando su atención más concretamente a los usos del lenguaje, la manera en que se organizan los discursos y los recursos puestos en juego en cada caso.

Estos cuatro planes del análisis que propone Daniel Prieto son de utilidad tanto para la lectura crítica como para la elaboración de mensajes educativos. Otra parte de su propuesta aporta elementos para el análisis de los mensajes denominados *radiogramas*, bajo la hipótesis de que su éxito depende de la manera en que su contenido y su forma se relacionan con constantes de la vida cotidiana de la población. En la última parte de su propuesta, "La expresión verbal en

la radio", busca llamar la atención sobre viejos y nuevos recursos expresivos de los que un medio de comunicación como la radio no puede prescindir. Antes que descalificar, dice, resulta necesario acercarse a la vida cotidiana de la población, a sus diarias formas de comunicación.

Por su tiempo, permanencia, cantidad de público al que llega y diversidad de mensajes que difunde, el medio *radio* constituye uno de los elementos de mayor penetración en el contexto latinoamericano. Esta es pues, la propuesta de Daniel Prieto: ser más respetuosos con el objeto de estudio, analizarlo tal cual es, recuperar lo que resulte recuperable para una práctica educativa.

Recuperar lo esencial: *los recursos expresivos*. Miremos hacia un futuro posible: con los recursos actuales, con las fallas que hemos venido acumulando, con la desorientación y las confusiones existentes entre los campos de trabajo, ¿qué hacer?

Se sugieren algunos cambios concretos en el plano educativo y de la comunicación, los cuales no se resuelven de un día para otro. Se requiere de una labor que puede durar años, pero si no iniciamos hoy, nos quedaremos en las pobres perspectivas del futuro tendencial. Un futuro distinto, en la línea de lo posible o de lo deseado, se construye desde el presente.

Como lo sostiene Daniel Prieto, esta es una labor en la que debiéramos estar comprometidos todos, más allá de los enclaustramientos discursivos, de las frases altisonantes y del denunciismo. Hay que optar entre los malabarismos terminológicos e ideológicos y la vocación social del producto; entre la Universidad como espacio puramente teórico o como espacio de producción. Cada quien elige, por supuesto, pero si se opta por terminologías y teoricismos, más vale no llenarse la boca con la palabra pueblo, más vale no practicar lo que para Foucault era la mayor de las indignidades: hablar a nombre de otro.

Marcela Méndez Vega